

DISCURSO DE GERMAN CORREA DIAZ, PRESIDENTE DEL PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE EN EL ACTO DE TOMA DE POSESION DEL MANDO, EN EL MARCO DEL CONGRESO GENERAL ORDINARIO DEL PARTIDO.

(La Serena, 13 de Diciembre de 1992)

Compañeras y Compañeros:

Quizás en ninguna otra etapa precedente de los largos 59 años de vida del Partido Socialista hemos enfrentado un período histórico tan lleno de incógnitas y desafíos cruciales para el futuro de nuestra opción socialista como el que encaramos hoy. Quizás en ninguna otra etapa del futuro vuelvan a confluír y entrelazarse dialécticamente procesos de tal envergadura y complejidad como los que hoy nos toca vivir, creando un marco de incertidumbres sustantivas para la definición de nuestra propuesta de futuro.

LAS TRES TRANSICIONES

Los socialistas chilenos somos objeto y protagonistas, a la vez, de tres grandes procesos de transición, que nos afectan desde distintos ángulos, en ritmos y formas diversas, casi sin que tengamos plena conciencia de ello, generando en muchos militantes una sensación de perplejidad, desasosiego e insatisfacción.

Primera Transición

Vivimos hoy, en primer lugar, un crucial cambio en el mundo, en el que ha desaparecido la realidad bipolar marcada por la confrontación entre capitalismo y socialismo que caracterizó ocho décadas del siglo en curso. El derrumbe de los regímenes llamados del "socialismo real" de Europa Oriental, la derrota

electoral de los sandinistas en Nicaragua, la precariedad en que se sostiene la Revolución Cubana, la mantención del régimen comunista chino a costa de aplastar por la fuerza el reclamo democrático de su pueblo, todo parece indicar que las distintas versiones concretas de construcción socialista se han dado un encontrón con la Historia y con sus pueblos.

Estos no son, por supuesto, hechos menores, ni tampoco irrelevantes para quienes por décadas defendimos la tesis de que el capitalismo se encontraba virtualmente en agonía, como consecuencia de sus insalvables contradicciones internas, frente a un socialismo a la ofensiva, que conquistaba pueblos y países casi día a día. Como también defendimos, pese a nuestras críticas esporádicas, que, al final de cuentas, había más democracia en los países llamados socialistas de Europa Oriental que en las democracias burguesas occidentales.

Pero, una vez más, el perenne e ineludible reclamo libertario y democrático de los pueblos terminó poniendo la Historia en su lugar. Esos regímenes, fundados en el despotismo burocrático del partido único, se vinieron abajo como castillos de naipes. Y no fueron los ejércitos imperialistas los que les pusieron fin, sino sólo y nada menos que la movilización democrática de sus propios pueblos.

En este panorama, las izquierdas del mundo retroceden ideológica y políticamente ante el impacto combinado, por una parte, del desastre de la caída de regímenes que, de una u otra manera, constituyeron referentes y puntos de apoyo para validar la viabilidad histórica de la propuesta socialista; y, por otra, del predominio aparentemente incontrarrestable de un capitalismo que no sólo no agoniza, sino que muestra un espectacular desarrollo de las fuerzas productivas y de su capacidad de expansión.

La unipolaridad que se ha establecido como realidad política mundial no logra ocultar, pese a las fanfarrias triunfalistas

de los reaccionarios de todo el mundo, las contradicciones de todos modos inherentes al capitalismo.

Surgen nuevos escenarios de conflicto. Por un lado, se comienzan a formar grandes bloques económicos entre grupos de potencias más desarrolladas, que disputan encarnizadamente por mercados cada vez más competitivos y en claro desmedro de los países menos desarrollados. Por otro lado, terminada la Guerra Fría y la camisa de fuerza que las grandes potencias imponían sobre los conflictos localizados, para que no derivaran en confrontaciones directas entre ellas, eclosionan violentamente las demandas nacionalistas, étnicas y religiosas en diversos lugares del orbe, que van sembrando la guerra y el hambre, desmembrando naciones y realidades geopolíticas de manera acelerada y preocupante.

Los grandes cambios a nivel mundial que este proceso de transición conlleva recién comienzan a desplegarse. Son imprevisibles las dinámicas que adquirirán en las próximas décadas y, sobre todo, los efectos que necesariamente tendrán para las fuerzas de izquierda y progresistas del mundo, en cuanto a su forma de inserción en estas nuevas realidades y al contenido de sus propuestas por cambios radicales en el orden vigente.

Segunda Transición

Vivimos y protagonizamos, además, en nuestro propio país, en segundo lugar, la transición de la dictadura a la democracia, cuyas grandes complejidades y dificultades han quedado de alguna manera oscurecidas por el éxito con el cual el Gobierno de la Concertación ha logrado sortearlas y avanzar en la consolidación de la democracia. Sin embargo, ellas pesan en cada coyuntura y explican, en no poca medida, las limitaciones e insuficiencias en el accionar de nuestro Gobierno.

En efecto, la experiencia mundial en materia de transiciones de regímenes dictatoriales a regímenes democráticos no había mostrado hasta ahora una situación de transición tan particular como la que está viviendo Chile. Históricamente, lo habitual había sido que un régimen dictatorial se derrumbara por completo, cayendo la institucionalidad que lo había sustentado, desmembrándose las fuerzas militares que le habían dado apoyo y asilándose el dictador y sus incondicionales en alguna embajada o en alguna lejana isla paradisíaca. Como también había sido habitual que las fuerzas políticas que lideraban la transición fueran invariablemente de centroderecha, teniendo las fuerzas de izquierda un papel verdaderamente marginal, si no del todo ausente de las grandes decisiones que iban dando forma al nuevo régimen democrático.

En el caso de Chile, sin embargo, el proceso ha sido diferente y con particularidades que lo hacen significativamente complejo. Aquí no ha habido un derrumbe de la dictadura, sino más bien un repliegue institucionalizado del régimen dictatorial pasado, dejando importantes enclaves de poder autoritario en el seno mismo de la institucionalidad con la que se construye la democracia y reservándose el autócrata de antaño *made memo* que el control de una de las ramas más importantes *en* las Fuerzas Armadas, con inamovilidad asegurada, *además*.

Por otra parte, *y* también a diferencia de otras experiencias mundiales, en nuestro caso la transición está siendo liderada por una coalición de fuerzas de centro y de izquierda, ocupando un lugar protagónico el Partido eje del Gobierno derrocado por el golpe de Estado, como es el Partido Socialista.

Esta particularidad ha permitido llevar a cabo un Gobierno que, no obstante sus limitaciones, ha impulsado la transición de manera más cercana a una visión progresista del proceso que reaccionaria, lo que es fundamental valorar. Pero, al mismo

tiempo y quizás si por esa misma razón, ha existido un nivel de expectativas mayor por parte de los sectores populares respecto al grado y ritmo con que serían satisfechas sus angustiantes y justas demandas. Ello tensiona crecientemente la relación entre el Gobierno y diferentes sectores de la base social, produciendo frustraciones que abren un espacio de distanciamiento, por donde puedan penetrar los populismos de izquierda o de derecha, que es preciso considerar con atención.

Tales rasgos de la transición chilena no son cuestión de detalle sino, por el contrario, lo dicen todo respecto a las grandes complejidades dentro de las cuales ha tenido que desplegar su acción democratizadora nuestro Gobierno. Entre ellas no se excluye una suerte de cohabitación institucional ineludible entre quienes lideraron la dictadura y quienes reconstruyen la democracia, lo que a veces resulta incomprendible para sectores de nuestro pueblo.

De allí que al Gobierno de transición, en la experiencia chilena, le haya correspondido, llevar a cabo, más que una labor de refundación democrática, como habría sido deseable, una labor en la que se mezclan elementos de continuidad y elementos de ruptura regulada. Esta última acotada tanto por los cerrojos institucionales dejados por el pasado régimen dictatorial como por los propios márgenes de posibilidad política de realización de los cambios que se impulsan, más estrechos que en otras transiciones de este tipo.

Una transición tan particular, en el marco de una institucionalidad que fue diseñada para la perduración de la dictadura y no para la construcción de un régimen plenamente democrático, con todas las distorsiones y restricciones conocidas, ha marcado también el carácter de la función política del Gobierno, la relación entre éste y los partidos y la relación entre Ejecutivo y Parlamento. Es así como se ha dado un sobreénfasis en la acción conductora del Gobierno -el

famoso "partido transversal" del que tanto se habla- y un cierto desdibujamiento de la acción autónoma de los parlamentarios de la alianza de Gobierno y de los propios partidos de la coalición.

Estos últimos, en particular, han tenido dificultades para adecuar su función de ser base política de sustentación del Gobierno y, al mismo tiempo, ser representativos de los intereses de su propia base social de apoyo, los que a veces son contradictorios con los de algunas políticas o acciones del Gobierno. De allí que, en más de una ocasión, por necesidades del proceso político global, los partidos se vean obligados a apoyarlo en desmedro relativo de los intereses de los sectores sociales que representan, resintiéndose el apoyo de éstos.

Esta dificultad ha resultado especialmente costosa en el caso de nuestro Partido. Este, si bien recoge parte del prestigio de ser protagonista de un Gobierno en general exitoso y bien valorado por el pueblo, ha pagado también costos de desperfilamiento ante su propia base social, cuyas frustraciones son permanentemente exacerbadas por la política demagógica de la llamada izquierda extraparlamentaria. A la multiplicación del efecto de tal factor contribuyen nuestras propias insuficiencias, como la fuerte inclinación al "internismo" y al trabajo "cupular" a todo nivel, que nos distancia de nuestra base social artificialmente.

Tercera Transición

Vivimos, finalmente, una tercera transición, aquella caracterizada por los procesos que ha estado experimentando nuestra propia realidad partidaria en los últimos dos años. Ello, como consecuencia de la reunificación del partido, producida en diciembre de 1989, así como por la incorporación a sus filas de relevantes contingentes de compañeros que militaban en otros partidos de la izquierda y que, ante la

crisis de éstos, optaron por buscar en nuestro seno las respuestas adecuadas a los grandes desafíos que nos plantea el mundo de hoy a los hombres y mujeres de izquierda.

La reunificación partidaria no ha sido sólo la simple suma de quienes, habiendo sido militantes de un solo partido hasta 1973, volvimos a encontrarnos en una sola orgánica socialista a partir de 1989. Más de una década de dispersión y de vivir experiencias tan diferentes como fue el exilio y la lucha clandestina en Chile, así como la de la propia existencia autónoma durante tanto tiempo de varias orgánicas y en un período de tan intensas vivencias como los 17 años de dictadura, desarrollaron en la práctica diferencias hasta culturales en el seno de la gran familia socialista. Hacer converger y amalgamar de manera coherente estas distintas experiencias, trayectorias políticas y formas de ver y hacer política no ha sido fácil, sobre todo porque el proceso no ha sido explicitado, lo que hubiese permitido generar mecanismos facilitantes de un tránsito menos tensionado y más coherente.

Si a lo anterior se agrega el ingreso al Partido de militantes provenientes de otras orgánicas de la izquierda, con su diversidad de culturas políticas y trayectorias ideológicas, el proceso que ha vivido el Partido en los últimos años adquiere características de gran complejidad, por desgracia no asumidas explícitamente como un problema de todos, que requería trabajar mancomunadamente por un acrisolamiento político y decantación lo más coherente posible.

Esta situación, que se ha dado además en el marco de un Partido fuertemente tendenciado, ha obligado a no pocos compañeros a alineamientos que por ahora sentimos como dados mucho más en términos de la sospecha de coincidir en torno a determinadas posiciones que de la certeza de que así sea verdaderamente. Ello por cuanto no ha habido en el Partido un debate ideológico y político de envergadura y sistematicidad tal como para haber posibilitado definiciones más nítidas para

todos. Esto se refleja en los importantes cambios de alineamientos de personas y grupos que ha habido al interior del Partido entre las elecciones de 1990 y las que acaban de concluir, lo que señala que hay procesos de definiciones y redefiniciones en curso, aún no culminados.

El impacto de las tres transiciones en el perfil partidario

Son estos tres grandes procesos de transición los que han estado impactando fuertemente nuestra realidad partidaria en el corto periodo de dos años, actuando como telón de fondo o como elementos dinámicamente activos en nuestro seno, aunque quizás no todos lo percibamos. Dejar de lado alguno de ellos o subvalorar la incuestionable potencia de sus efectos en cada uno de nosotros, al momento de analizar nuestra actual realidad partidaria y el accionar del Partido en este periodo, puede llevar a diagnósticos diferentes respecto a la naturaleza y envergadura de los problemas que enfrentamos y, por lo tanto, también a respuestas distintas frente a los mismos. De alguna manera, sentimos que ello ha estado presente en los debates en que el Partido se vio inmerso en el marco de la reciente campaña electoral interna, marcando diferencias con fuerza mayor que las que realmente existen en nuestro seno.

Si estamos siendo objeto y protagonistas de procesos tan impactantes para quienes tenemos un pensamiento de izquierda y, en particular, para nosotros los socialistas chilenos. ¿cómo no sufrir, entonces, fenómenos de desperfilamiento partidario? Ante el embate de tales procesos, algunos partidos de la izquierda nacional simplemente se han disgregado y sucumbido, mientras otros deambulan por el espacio, perdidos irremisiblemente en viejas y obsoletas consignas y posiciones, incapaces de comprender y asumir creativamente las nuevas realidades que nos sobredeterminan. En nuestro caso, debemos sentirnos satisfechos de haber dado acertadamente al menos la respuesta gruesa que requería

posicionarse en tan complejo escenario internacional y nacional. Lo hicimos sin duda con defectos, tal vez con excesos o déficits de renovación o conservadurismo, tal vez con insuficiente reflexión y análisis colectivo de los procesos reseñados, pero, al final, incuestionablemente sintonizados con los anhelos de nuestro pueblo.

EL DESAFIO DE LA IDENTIDAD Y PERFIL PARTIDARIO

Es relevante, entonces, preguntarnos ¿basta acaso, para que el Partido adquiera mayor identidad y prestancia, con que la Dirección emita opiniones propias frente a cada problema o coyuntura del devenir político nacional o de la actuación del Gobierno del cual somos parte, o es necesario, por sobre todo, asumir con valentía y crudeza que atravesamos por un período histórico particularmente difícil y demandante para quienes somos parte de la izquierda chilena? ¿Radica acaso el problema de la identidad y perfil del partido esencialmente en su mayor autonomía respecto del Gobierno de la Concertación del cual somos parte, o radica más bien en avanzar más profundamente en aquella reflexión colectiva sobre todos estos procesos, así como sobre nuestra propia historia y trayectoria, a fin de definir con precisión y concreción *las* ideas fundacionales de nuestras nuevas propuestas frente a *los* viejos problemas de la explotación, la dominación, la pobreza, la alienación, la marginalidad, la discriminación de clase, étnica y por sexos, así como frente *a* los problemas recientemente relevados a la conciencia pública, como son los del irracional deterioro del medio ambiente y de la calidad de vida de la gente?

Entendámonos bien. Sin duda alguna, la opinión o posición oportuna e informada del Partido sobre los temas del acontecer nacional, o la crítica constructiva sobre el accionar del Gobierno, o la autonomía que es preciso tener tanto frente al Gobierno como al Parlamento, son componentes que perfilan cotidianamente al Partido. Pero, lo realmente esencial es

nuestro perfilamiento e identidad radica en resolver
adecuadamente el conjunto de desafíos cruciales que amanan del
entrecruce dialéctico de las señaladas tres transiciones,
obligándonos a encontrar nuevas respuestas y propuestas,
claramente sintonizadas con los nuevos fenómenos y tiempos que
vivimos.

Cómo resolver los desafíos fundamentales

Para ello es preciso, primero, el reconocimiento y
reafirmación de la plena vigencia de nuestros valores,
principios y definición como fuerza de izquierda; segundo,
nuestro enraizamiento profundo y real en los más diversos
sectores populares y movimientos sociales que pretendemos
representar, volcando al Partido al trabajo en su seno y
recogiendo de sus problemas, necesidades cotidianas y anhelos
la materia prima de nuestras nuevas propuestas; tercero, el
reconocimiento de las razones del fracaso de los proyectos de
construcción socialista como se dieron en el presente siglo,
así como los grandes cambios en el escenario mundial y su
impacto en nuestras concepciones e ideas; cuarto, el
reconocimiento de los fundamentales cambios que se han
producido en la economía y la política, así como en las
relaciones entre los hombres y en la cultura universal, así
como los espectaculares avances en la ciencia y la tecnología.

Todo ello debiera constituir la materia prima sobre la cual
llevar a cabo una reflexión profunda, certera, alerta y
desprejuiciada, desprovista por completo de calificativos de
"izquierdas" o "derechas", que son una suerte de represión
ideológica que castra el pensamiento libre y audaz que tanto
necesitamos y que encubren nuestra incapacidad de abrirnos a
nuevas realidades, prefiriendo refugiarnos en dogmas que han
quedado desprovistos de contenido por el propio devenir de la
Historia, o atrincherarnos en discursos testimoniales que
pueden quizás satisfacer la necesidad de autoafirmarnos en
medio del vendaval que vivimos, pero que no nos proporcionan

las respuestas nuevas, urgentes y concretas de las cuales aun carecemos.

Es sólo de tal reflexión colectiva y de la organización del pensamiento colectivo en un marco propositivo, que logre dar cuenta de las complejidades de los tiempos que nos toca vivir, de donde surgirá el marco de referencia global, la propuesta de proyecto socialista que deberá encauzar nuestra acción profundamente transformadora, encaminada a producir un cambio sustancial en el orden vigente, poniendo como centro al hombre y su humanidad y como eje articulador del mismo las relaciones equitativas, solidarias y participativas entre los seres humanos. Sólo así daremos sustancia actualizada a nuestra lucha contra todas las explotaciones y dominaciones, contra todas las discriminaciones e injusticias.

LA VIGENCIA DE LA OPCION SOCIALISTA

Nuestra opción socialista es hoy tan vigente como ayer.

¡Que no se engañen quienes creen que ha llegado el fin de la Historia y que en el mundo regirán por siempre jamás las invencibles fuerzas del capitalismo!

Las derrotas políticas e ideológicas sufridas por las fuerzas de la Izquierda mundial no han invalidado ni enviado al canasto de la basura de la Historia nuestros principios e ideales socialistas.

Por el contrario.

Mientras siga existiendo la explotación del hombre por el hombre, que se expresa en la riqueza de unos pocos y la pobreza de muchos, seguirá vigente el ideal socialista.

Mientras sigan existiendo discriminaciones y opresiones de clase, raza, creencias o sexo, seguirá vigente el ideal

socialista.

Mientras siga existiendo un sistema como el capitalista en que, como parte de sus irracionalidades, algunos, por las imperfecciones del mercado, sobreproducen alimentos y los botan al mar o los queman para mantener sus precios, cuando pueblos enteros de Africa, Asia o América Latina mueren de hambre ante la mirada atónita de la Humanidad, seguirá vigente el ideal socialista.

¡Mientras siga existiendo la capacidad de soñar en un mundo mejor, más humano, más solidario, más participativo, donde los humildes y explotados logren dejar su condición de tales y donde la equidad y la justicia imperen como principios rectores de las relaciones entre los hombres, seguirá vigente el ideal y el imperativo socialista y seguirá habiendo hombres y mujeres socialistas luchando incansablemente por alcanzar su hermosa utopía!

Asumir creativamente los fracasos

Los fracasos de hoy tenemos que asumirlos con valentía en todas sus implicancias y derivaciones, por costosas y dolorosas que ellas sean. Pero no para decretar la obsolescencia definitiva de nuestros ideales socialistas, o asumir entusiastamente como propios los contenidos de proyectos que nos son ajenos y antagónicos con nuestros valores más sentidos. Por el contrario, se trata de sacar de esos fracasos las lecciones y enseñanzas que nos permitan revitalizar nuestra propuesta, nutrirla de nuevos contenidos acordes con el sentir de la gente, los nuevos tiempos y los grandes cambios que vivimos, dotándola de un sentido vital para las aspiraciones de aquellas grandes mayorías de los desheredados y oprimidos que buscamos ayudar a liberar y que siguen esperando...

TRES AÑOS DE GOBIERNO DE LA CONCERTACION

Hoy se cumplen tres años desde que la Concertación derrotara en las urnas a la Derecha pinochetista, instalando en la Presidencia de la República a don Patricio Aylwin Azócar. Está, pues, próximo a concluir su mandato el primer Gobierno de la Concertación, que culminará su período con importantes éxitos en cuanto al afianzamiento de la democracia y a impulsar un acelerado proceso de desarrollo económico del país, con estabilidad y con un significativo incremento del gasto social y un cambio gradual en la distribución del ingreso en favor de quienes menos tienen.

LAS TAREAS INCONCLUSAS

No obstante, queda aún mucho por hacer.

Democratización de las instituciones

Desde luego, restan aún importantes objetivos por cumplir para dar por conseguida la plena democratización político-institucional del país, logrando eliminar definitivamente los enclaves de tutelaje militar que aún existen sobre la institucionalidad democrática emanada de la soberanía popular.

Tal es el caso de la inamovilidad de los Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas, la incapacidad legal del Presidente de remover a otros oficiales, la existencia de un Consejo de Seguridad Nacional donde radica en potencia la posibilidad de golpes de Estado institucionales o, a lo menos, la capacidad de coartar o condicionar los poderes constitucionales del Presidente de la República y de otras instancias institucionales democráticamente elegidas.

Derechos Humanos y Justicia

Por otra parte, quienes más sufrieron el sistemático atropello a los derechos humanos que caracterizó tan bárbaramente al

pasado régimen dictatorial aún viven la dolorosa insatisfacción de sentir que no se ha hecho plena justicia. Sin duda, se dio un gran paso con el llamado Informe Rettig para conocer la verdad y que ésta fuese aceptada por el conjunto del país. Pero los tribunales de justicia han venido poniendo tan poca diligencia o avanzando con tal lentitud en los millares de casos que obran en su conocimiento, que pareciera que la justicia no va a llegar nunca. Sólo en unos pocos casos ha habido jueces valientes e imbuidos de un profundo sentido de responsabilidad, que han ido avanzando en descender uno a uno los pesados velos de la mentira y el encubrimiento. Sin embargo, en más de alguno de esos casos, se ha chocado con escandalosas resoluciones de la Corte Suprema, en las que ha participado el propio Auditor General del Ejército, que devuelven la vista de las causas a los tribunales militares, es decir, a quienes son parte de la misma institución castrense de quienes han sido acusados de cometer tales crímenes. ¡Desde la solemnidad de este Congreso General del Partido Socialista le decimos al país que reclamamos, con la más profunda pasión moral de la que somos capaces, por la flagrante violación a la credibilidad de la justicia chilena que entrañan tales resoluciones, que en la práctica significan denegar la justicia frente a atropellos a los derechos humanos, que sublevan la conciencia de los hombres de bien!

El daño que tales resoluciones producen es inmenso, ya que resienten las bases éticas que dan fundamento a una convivencia civilizada y a la democracia, como expresión máxima de ésta. Es por ello que el Partido ha solicitado a sus parlamentarios el estudio de una acusación constitucional en contra de aquellos miembros de la Corte Suprema que han hecho notable abandono de su deber de hacer justicia. ¡Hoy estamos en condiciones de anunciar que, terminados los estudios jurídicos correspondientes, nuestros diputados, junto a otros de diversos partidos de la Concertación, presentarán en el curso de esta semana una acusación constitucional,

contra tres jueces de la Corte Suprema y el Auditor General del Ejército haciendo valer así nuestra protesta y nuestra defensa del valor sustancial de la justicia!

El problema de hacer justicia en todo aquello que haya significado atropellos a los Derechos Humanos no es sólo el problema de quienes fueron víctimas de tales violaciones o de sus familiares más cercanos, y ni siquiera de aquella parte de nuestra sociedad que fue el blanco de tan aberrantes prácticas.

Tal visión cómoda y cómplice de algunos oculta el hecho fundamental de que este es un problema de la sociedad chilena en su conjunto, que no puede tolerar, por su propia sanidad moral y supervivencia, que se validen tales atropellos por el simple mecanismo de la legitimidad fáctica que significa tener que aceptar la impunidad como único resultado final de procesos judiciales fallidos, porque hay tribunales ordinarios que no cumplen con su misión de hacer justicia y tribunales militares que se encargan de escamotearla o, simplemente, impedirla.

El Partido Socialista de Chile continuará luchando incansablemente, y pese a quien pese, porque se haga justicia en torno a la más graves violaciones a los Derechos Humanos que sufrimos los chilenos bajo el pasado régimen militar. ¡Una democracia que no se asiente en la plena verdad y en la consiguiente justicia sobre tales atropellos será siempre éticamente precaria y no digna de ser considerada plenamente como tal!

La deuda social con los pobres

También constatamos que todavía subsiste un gran déficit democrático en lo que se refiere a lo que se ha llamado la "deuda social" que el país tiene con los pobres, pero que en realidad no ha sido asumida como tal por los que más tienen, y

que son, a la vez, los que más debieran estar dispuestos a dar. Por el contrario, hoy mismo presenciarnos cómo regatean y condicionan que se mantenga la reforma tributaria que el Gobierno del Presidente Aylwin llevara a cabo en 1990, que ha permitido tener algunos recursos para cubrir una pequeña parte de la inmensa deuda social que nos dejara como herencia la dictadura.

Ciega posición la de los que más tienen, porque no logran percibir que la pobreza es un problema ético y moral intolerable, que es un problema político crucial para la profundización y estabilidad de la democracia y que, finalmente, si todo eso no fuera suficiente, que si esos 5 millones de pobres se incorporan como actores económicos activos y fuerza de trabajo capacitada y pujante, se incrementarían las dinámicas del mercado, constituyéndose en un aliciente para el desarrollo del país.

El Partido Socialista considera crucial impulsar políticas que apunten a la solución estructural del problema de la pobreza, desterrando visiones asistencialistas y derrotando el populismo derechista que hoy ha descubierto recién a los pobres que produjeron con el modelo neoliberal de economía que nos impusieron bajo la dictadura y que levantan demagógicamente la bandera de las privatizaciones como único camino de solución, como si alguna privatización hubiera servido alguna vez para mejorar la condición de los pobres!

Distribución del ingreso

Sabemos que el Gobierno ha hecho grandes esfuerzos para mejorar la distribución del ingreso en favor de los asalariados y valoramos lo logrado hasta ahora. Pero no podemos dejar de señalar que nos parece insuficiente; que lo que ha llegado finalmente al bolsillo de cada asalariado es demasiado poco, mientras presenciarnos las multimillonarias utilidades que están recibiendo las empresas, especialmente

aquellas privatizadas a precio de huevo, a último momento, por el pasado régimen. Sabemos que el empresariado necesita estímulos para ahorrar e invertir, pero cuando ese ahorro es en buena parte resultado de situaciones monopólicas y a costa de mantener a la masa asalariada con niveles de ingreso que no alcanzan sino para sobrevivir, nos parece una inmoralidad aceptarlo sin exigir mayor audacia y decisión para solucionar mejor tal problema.

Las políticas sociales

Sabemos también que el Gobierno ha hecho un gran esfuerzo para mejorar sustancialmente el presupuesto destinado a educación, vivienda y salud. Pero, especialmente en esta última área, nos parece que los esfuerzos hay que incrementarlos y encaminarlos mejor. Entendemos que en salud las prioridades no han estado bien orientadas, en la medida que la inversión ha sido destinada especialmente hacia infraestructura y equipamiento, pero se ha descuidado el elemento humano, tanto en lo que se refiere a los trabajadores de la salud, que han tenido un mejoramiento salarial pero claramente insatisfactorio, como en lo que se refiere a los usuarios, la gente humilde que no tiene otra forma de atenderse que no sea en el sistema de salud pública. En este último caso, es cierto que hay serios problemas de gestión, pero también de recursos, lo que ha estallado en conflicto en los servicios de urgencia. Es necesario y apremiante hacer más esfuerzos de los que se han venido haciendo, para que la gente pueda ver y experimentar en su práctica cotidiana que las cosas van mejorando para ellos en un área que es tan sensible para los que nada tienen, como es el de la salud. Atención oportuna, digna y eficaz es lo que se necesita, con trabajadores de la salud remunerados lo suficientemente bien como para que no traspasen sus frustraciones y amarguras, justas y legítimas, a una mala atención a aquellos que tanto necesitan.

Participación

También es fundamental hacer mayores avances en lo que se refiere a participación de los movimientos sociales en las decisiones públicas a todo nivel. Se ha dado un paso fundamental al democratizar el municipio, pero tal proceso quedará a medias si no hay un esfuerzo adicional, mancomunado entre organizaciones sociales, Gobierno Central, Gobierno Municipal y Partidos, para promover y fortalecer la organización social de base y capacitar dirigentes sociales para poder hacer realidad la anhelada participación.

Deberá también hacerse un esfuerzo concertado para desarrollar las capacidades de gestión, organización y administración de parte de los concejales democráticamente elegidos, ya que para gobernar bien no basta con tener vocación de servicio público sino, además, saber cómo hacer las cosas bien. De otra forma, se corre el serio riesgo de que la base social termine frustrándose y distanciándose del Municipio, perdiendo la preciosa oportunidad histórica de ser protagonistas directos de la vida y desarrollo comunal.

Derechos laborales

En materias laborales, reconociendo el avance que han significado las reformas que el Gobierno ha hecho a la legislación laboral heredada del pasado régimen, es ineludible constatar que hay a lo menos tres aspectos que inciden en su escasa eficacia, permitiendo situaciones de explotación y violación a derechos laborales consagrados en la misma.

Primero, la debilidad de la organización laboral a nivel de la base y, en especial, en la mediana y pequeña industria, lo que le resta capacidad de lucha por sus derechos.

Segundo, la dramática e insuficiente capacidad fiscalizadora del Estado, ya que nada se saca con tener una frondosa y

actualizada legislación laboral si no existe la capacidad de controlar estrechamente su cumplimiento y de sancionar de manera ejemplar a quienes la transgredan.

Tercero, las insuficiencias evidentes de que aún adolece la legislación laboral, que demandan nuevas reformas a la mayor brevedad.

El Partido Socialista de Chile compromete desde ya sus mejores y mayores esfuerzos para avanzar en estos tres frentes con decisión y energía, cumpliendo así sentidas aspiraciones de la clase trabajadora.

Otras insuficiencias

Hay varios otros aspectos deficitarios en la acción de nuestro Gobierno que han sido ya suficientemente resaltados en las resoluciones aprobadas en este Congreso. Todas ellas deberán ser materia de especial preocupación de la nueva Dirección, así como también elementos a considerar decididamente en la elaboración del Programa para el Segundo Gobierno de la Concertación, que sin duda conquistaremos en Diciembre de 1993.

Los desafíos políticos de 1993

Grandes son los desafíos que debe acometer la nueva Dirección partidaria en los próximos 3 años. Uno fundamental y que concentra la atención de las fuerzas políticas y del país es el que se refiere a la lucha por proyectar la Concertación en 1993, hacia un segundo Gobierno.

Desde luego, es fundamental partir de la base que se trata de mantener y fortalecer la alianza y que ese es el objetivo al cual es preciso subordinar el conjunto de cuestiones en discusión. Además, que el tema en torno al cual se debe concentrar nuestro esfuerzo es el de evaluar los logros e

insuficiencias de lo que ha sido nuestro Primer Gobierno, a fin de elaborar un Programa para la futura Administración con el que definitivamente culminemos la tarea de lograr la plena democratización del país y de avanzar decididamente en la definitiva solución del grave y acuciante problema de la deuda social, la pobreza y la marginalidad que aflige a millones de compatriotas, cuestión que es de importancia cardinal para la efectiva consolidación de la democracia. Requisito fundamental para ello es lograr conquistar la mayoría necesaria en el Parlamento, a fin de terminar por romper el cerrojo legislativo que la dictadura y la Derecha pinochetista nos dejara como pesada herencia, lo cual hace necesario construir un pacto parlamentario de lista única entre todas las fuerzas de la alianza, de manera independiente a cómo se resuelva el problema de la candidatura presidencial.

En torno a tal desafío, sentimos que el debate público que se ha venido dando entre los partidos de la Concertación no apunta a lo esencial del problema que enfrentamos, que no es, definitivamente, el de la candidatura presidencial de la coalición. No se trata de si uno u otro candidato es el mejor, ni tampoco si llevar uno o dos candidatos, o si con dos candidatos se quiebra o no la Concertación. Desde luego, si el acuerdo fundamental es la mantención de la alianza y de conquistar juntos un nuevo Gobierno, nadie dentro de la alianza puede plantearse como curso posible de nuestras decisiones que se culmine en su división.

El problema de fondo que está tras el tema de la candidatura presidencial y la forma de resolverlo es aquel de la naturaleza de una alianza política y cual es, en tal marco, la mejor forma de fortalecerla, teniendo en cuenta, además, el cambio de carácter de la Concertación en el curso de su corta y exitosa trayectoria.

Al respecto, las alianzas políticas, a menos que tengan sólo mezquinos intereses electoralistas para una repartija del

poder, son una forma de acuerdo político que se funda en el reconocimiento de que se trata de un pacto entre iguales. Siendo así, el elemento definitorio de las relaciones entre sus miembros no es, ni puede ser, el tamaño electoral de cada cual, sino el diferencial cualitativo político que cada cual aporta a la alianza y que es lo que le da a ésta el sentido de amplitud que debe caracterizarla como tal. De allí que cada miembro de una alianza deba tener, por definición, igualdad de deberes y de derechos y oportunidades. De no ser así, se trataría, simplemente, de una articulación política en que alguno predomina de manera permanente, mientras otros son meros agregados, subordinados por debilidad o conveniencia a aquel que aparece como predominante. En tal caso, como es obvio, no habría una alianza sino un simple pacto de conveniencia para aquellos que profitan del mismo.

Definitivamente, la Concertación de Partidos por la Democracia no es un mezquino y estrecho pacto de conveniencia, sino una alianza política que puede llegar a tener proyección estratégica, si logra mantener como elemento vinculante fundamental el empeño por llevar a cabo cambios profundos en la perspectiva democratizadora de la sociedad chilena. No puede haber, por lo tanto, un mejor derecho de ninguno de sus componentes, preestablecido en razón de su sólo tamaño electoral, para acceder a los cargos de mayor representación e importancia, ya que si tal concepción de la alianza se abriese paso, definitivamente sería la más segura garantía de su destrucción. En una alianza política a ningún partido se le puede negar el derecho a representarla, ni tampoco a aportar con fuerza su propia identidad, que es la que enriquece la coalición y le da vitalidad que la fortalece.

¡El Partido Socialista de Chile no ha nacido ni luchado inclaudicablemente por 59 años para terminar siendo un subordinado de otra fuerza política! Y si se nos dice que primero debemos tener un determinado tamaño electoral para poder tener el derecho de postular a las primeras

responsabilidades en el país, en el marco de la coalición, se nos pone ante una disyuntiva imposible, ya que ello conlleva sólo dos alternativas; o subordinación permanente, o autonomía total para poder luchar con todas nuestras energías para desarrollar la fuerza propia, sin pagar los costos de desperfilamiento relativo que toda alianza conlleva. Ambas alternativas no parecen inaceptables, si queremos mantener la coalición.

Por lo tanto, si todos queremos efectivamente fortalecer y proyectar la Concertación, porque es un imperativo que nos demanda el pueblo chileno, definitivamente tenemos que concentrar nuestros debates en torno al problema de definir el mejor procedimiento y mecanismo posible para resolver el problema de la candidatura presidencial única, teniendo en cuenta y jamás perdiendo de vista los intereses superiores del país. Tal mecanismo tiene que cumplir sólo con aquello que hemos señalado como esencial para que exista una alianza, es decir, que todo sus componentes tengan igualdad de oportunidades y que a ninguno se proporcione una ventaja establecida de antemano, es decir, tiene que ser un mecanismo, por sobre todo, democrático. De allí que no podemos excluir la competencia como uno de los posibles, sea en el marco de la coalición o del electorado nacional, en la primera vuelta de diciembre de 1993, aunque definitivamente favorecemos aquel que, cumpliendo los requisitos señalados, nos permita llegar a las próximas elecciones como Concertación con un solo candidato a la presidencia.

Es preciso admitir, además, que la Concertación ha experimentado un cambio significativo desde su fundación. Desde un tímido acuerdo en torno a un simple NO, que no exigía mucho de nadie, pasamos a constituirnos en alianza de Gobierno, limitada al periodo de transición, que acotamos a 4 años y dentro de un programa que no tenía como aspiración sino la consolidación de la democracia. El éxito que hemos tenido como alianza gobernante, sin embargo, nos permite hoy

plantearnos, con una visión más ambiciosa, la proyección de la Concertación hacia un segundo Gobierno, el que debe y puede encarar tareas y objetivos de mayor envergadura y profundidad democrática y libertaria. Tal cambio, de potencial estratégico, requiere que la alianza defina un mecanismo permanente para resolver materias de la envergadura de la que hoy se expresa en la candidatura presidencial y que mañana podría referirse a cualquier tema de implicancia estratégica para el quehacer de la alianza. Esa es la importancia que atribuimos al problema del mecanismo.

Sobre la base de tales criterios y manteniendo y fortaleciendo las mejores y más transparentes relaciones con nuestros aliados, seguiremos bregando con lo mejor de nuestras fuerzas por conseguir que sea nuestro compañero Ricardo Lagos quien represente al conjunto de la coalición en las próximas elecciones presidenciales, a fin de continuar y profundizar nuestro decisivo aporte a la democratización y progreso del país.

Los desafíos y tareas del Partido Socialista

Si grande es el desafío que nos depara el escenario de la política nacional en 1993, no lo es menor el que nos plantea la labor de engrandecer y modernizar a nuestro querido Partido en el curso de los próximos años, llevándolo a ser una fuerza de mucha mayor gravitación social y política en el país.

Sobre el diagnóstico de la situación del Partido ya se ha hablado mucho en el transcurso de la reciente campaña electoral interna y en este propio Congreso y los contenidos del mismo son ampliamente compartidos por todos. Ahora sólo resta señalar los objetivos y compromisos de la nueva Dirección para resolver nuestros problemas más acuciantes, proyectando al Partido hacia una nueva y más fructífera etapa de su desarrollo y su aporte a las luchas populares y al

desarrollo nacional.

Cinco son las grandes tareas que la nueva Dirección y el conjunto del Partido deberán impulsar a partir de ahora.

Primero, acometer de manera sistemática la tarea teórico-ideológica de elaborar las bases de sustentación del nuevo proyecto Socialista y de nuestras propuestas conducentes a la solución de los grandes problemas nacionales y, en particular, de aquellos que agobian a las grandes masas de los asalariados, explotados y marginados, recogiendo, al mismo tiempo, los grandes temas que plantean la modernidad y el cambio en el mundo actual y en el propio Chile.

Segundo, llevar a cabo un esfuerzo gigantesco por crecer en el seno del pueblo y abrir el Partido a la sociedad. ^Esto significa vincularlo mucho más profundamente con las luchas cotidianas de los sectores más necesitados del país, que deben ser el objetivo y razón de ser de la acción del Partido para la profundización integral de nuestra democracia en los años venideros

Ello requerirá un cambio en la mentalidad y en el estilo "internista" y "cupular" de hacer política que hasta ahora nos tiende a caracterizar, rompiendo estas dinámicas que castran la vitalidad del Partido, al tender a desconectarlo del mundo externo, del mundo popular y de sus organizaciones, que esperan nuestra palabra conductora y nuestra acción de lucha por sus problemas cotidianos e intereses estratégicos. Al respecto, es fundamental que la consecuencia militante, de aquí en adelante, no sea medida por el brillo de los discursos en la interna partidaria sino, definitivamente, por el aporte eficaz y concreto que cada cual tiene la obligación de hacer en el mundo popular, siendo parte y líderes naturales de sus luchas! ¡Hagamos una norma de la ética socialista que nadie busque candidaturas, cargos o representaciones partidarias sobre la base del amiguismo o la pertenencia a una tendencia.

sino que se la gane cotidianamente por una trayectoria demostrable e incuestionable de entrega y aporte al crecimiento del Partido en el seno de las organizaciones populares y de la sociedad en su conjunto! ¡Hagamos que el Partido deje de ser el instrumento de las ambiciones personales de algunos, para volver a ser el instrumento de realización de las aspiraciones de quienes nos comprometimos a servir al jurar como militantes: los pobres y explotados de la patria!

Para enfrentar tan cruciales desafíos, el Partido requiere abrirse a la sociedad, hacerla parte insoslayable de sus reflexiones y parte activa de sus debates y de su búsqueda de nuevas propuestas. De allí que debemos lograr no sólo que nuestros debates sean de cara al país, como lo hemos venido haciendo en cada evento partidario, sino también que hagamos partícipes de los mismos a todos los sectores nacionales, a fin de recoger de todos y que, a la vez, todos puedan conocer los fundamentos y perspectivas de nuestra posiciones y propuestas, como aporte al desarrollo nacional.

La **tercera** gran tarea es democratizar al Partido, haciéndolo más participativo en todo lo que se refiere a la información y a la gestación y procesamiento de la toma de decisiones. Desde ya, hemos dado grandes pasos con la elección directa de nuestras autoridades, pese a distorsiones en el sistema electoral que habría que corregir. Asimismo, con la modificación en la composición del Comité Central, incluyendo la norma de que un 50% de sus miembros sean elegidos en representación directa de cada Región del país.

Pero debemos hacer más aún. Las actuales limitaciones a la participación tienen que ver con las grandes insuficiencias de información que sufre la militancia, requisito crucial para una participación sustantiva y real. Pero ello se ve agravado por el agudo tendencialismo interno que, por su propia lógica de funcionamiento, tiende a generar un proceso de

concentración de las decisiones en los jefes tendenciales.

Por lo tanto, la nueva Dirección se empeñará en un gran esfuerzo por hacer que las instancias regulares que el Partido se ha dado para la toma de decisiones, funcionen como tales, desterrando la práctica de que las mismas se tomen por fuera, debilitando la institucionalidad partidaria.

Al mismo tiempo, es importante hacer un sistemático esfuerzo por acercar la dirección política de cada nivel a la base militante. Por su parte, la Mesa Directiva se ha propuesto realizar un programa de reuniones periódicas de trabajo en las regiones, con las Direcciones a nivel Regional, Provincial y Comunal, en las que evaluará el cumplimiento de las tareas y se planificará la acción para el período siguiente, llevando un seguimiento y control de la eficacia de cada instancia y de cada cual en su seno. A tal esfuerzo de la Mesa Nacional deberá sumarse un esfuerzo similar de las Mesas de Dirección en cada nivel respecto a su base, terminando definitivamente con las prácticas cupulares, que empobrecen la vida partidaria y le restan capacidad de crecimiento al Partido.

La cuarta gran tarea, consustancial a la anterior, es hacer un esfuerzo gigantesco a todo nivel, por mantener adecuadamente informada a la militancia, a la vez que llevar a cabo una tarea sistemática de formación general. Para ello será necesario utilizar eficazmente los mecanismos e instancias que nos posibilita nuestra participación^o en el Gobierno, muchas de cuyas ofertas no son aprovechadas por simple desconocimiento. A la vez, debemos hacer un esfuerzo sistemático como partido para intensificar la relación entre los estamentos profesionales y técnicos del Partido con la base militante, ansiosa de saber y de superarse para poder aportar más y mejor al Partido y su lucha.

La quinta gran tarea es hacer desde ahora mismo el esfuerzo, también crucial, por modernizar al Partido, modernizar sus

formas de funcionamiento y su metodología de trabajo, tecnificándolas e incrementando decisivamente sus capacidades de gestión como organización. Es propósito de la nueva Dirección hacer un esfuerzo decidido y serio en tal sentido, aprovechando las ventajas de la técnica moderna y profesionalizando el trabajo de la militancia dedicada a la labor interna partidaria. Habrá que romper prácticas largamente vigentes, pero obsoletas. Encontraremos en más de una ocasión la incomprensión y la crítica. Pero no claudicaremos en una tarea ineludible, si queremos poner al Partido a tono con las grandes exigencias que demanda la magnitud del desafío que enfrentamos.

Reconocimiento de las Direcciones de la unidad

Compañeros y Compañeras:

Al terminar no puedo dejar de plantear que corresponde que este Congreso haga un explícito reconocimiento a la esforzada e incansable labor de Dirección que en los pasados años correspondió a los compañeros Jorge Arrate, Clodomiro Almeyda y Ricardo Núñez, junto al resto de los compañeros que fueron parte de la Dirección de la Unidad y de aquella emanada de las elecciones internas de 1990. A este grupo de compañeros correspondió dirigir el Partido en un período extraordinariamente demandante y en condiciones internas considerablemente difíciles, producto del proceso de reunificación al que ya nos hemos referido. Justo es, entonces, que les reconozcamos su valiosísimo aporte a la consolidación de la unidad partidaria, y a enfrentar con digno éxito el primer gran desafío electoral nacional del Partido después de 17 años de destrucción y persecución por la dictadura, como fue el de las pasadas elecciones de Concejales. Vaya para ellos, pues, nuestro mejor aplauso.

Evaluación global del Congreso Programático

Estamos cerrando hoy un Congreso que bien podemos calificar de ejemplar. Un Congreso en que el Partido no sólo ha tomado importantes resoluciones frente al acontecer nacional y respecto a las formas de posicionarnos sobre el mismo en el próximo período, sino que, además, lo ha hecho con un nivel de acuerdo y consenso interno que es de la mayor importancia destacar. Contrariamente a los agoreros vaticinios que algunos sectores interesados han venido haciendo respecto a "ácidas" o "agudas" discrepancias en el seno del socialismo chileno, los debates y resoluciones políticas en estos días han demostrado que existe entre nosotros un elevado nivel de coincidencias y consensos en materias fundamentales para la conducción del Partido. Debemos, pues, alegrarnos y felicitarnos por ello.

Esto da a la nueva Dirección un marco claro y coherente y un sólido mandato para llevar a cabo una conducción unitaria, integrativa y eficaz del Partido en el próximo período, tan lleno de exigencias y cruciales desafíos.

Palabras finales

Al finalizar mis palabras, quiero recoger con la mayor fuerza posible la importancia de lo que acabo de puntualizar como evaluación global del Congreso que hoy culmina. Precisamente por los grandes consensos que hemos constatado, que no son el resultado de tortuosas negociaciones entre jefes de "lotes", sino el producto de un debate elevado, profundo y fraterno que hemos tenido de los grandes temas en consideración, es crucial aprovechar esta verdadera oportunidad histórica de dar al Partido un gran empujón hacia adelante. Nuestras grandes aspiraciones por marcar con un sello más profundamente progresista la Concertación y su futuro gobierno y por tener un legítimo papel de liderazgo en su seno y en el país requieren, como cuestión fundamental, tener la fuerza

partidaria necesaria para ello.

Las diferencias que se vieron entre nosotros en el pasado proceso electoral interno, como ha quedado constatado por los resultados de este Congreso, tienen pues mucho más que ver con la ineludible necesidad de marcar diferencias que exige una campaña electoral, para identificar opciones con mayor claridad ante la militancia, que con diferencias reales o, al menos, de la magnitud con que se plantearon en el curso de dicho proceso.

¡Llamo, entonces, a todos los compañeros a que hagamos un serio y decidido esfuerzo por luchar codo a codo por el engrandecimiento del Partido, sin mirar la tendencia de cada cual, sino su real voluntad de trabajar leal y fuertemente por el Partido y no por su "lote"! ¡Luchemos juntos por el Partido y nada más que por el Partido, por desarrollar su inmensa fuerza potencial en el seno del pueblo, por transformarlo en instrumento poderoso y eficaz de nuestro sueño y compromiso por la libertad, la democracia y el socialismo!

Por mi parte, asumo el compromiso formal ante el Partido de luchar incansablemente por hacer realidad tal aspiración, para que este Partido dé respuesta, exprese y sea la herramienta que abra el curso a la realización de los anhelos de igualdad de oportunidades, de justicia social, de dignidad y libertad de aquellos que aún esperan, los pobres y explotados de la Patria.

Compañeros, ¡volquémonos de una vez por todas a la lucha! ¡Fortalezcamos y modernicemos a nuestro querido Partido, en honor a nuestros mártires, en honor al mejor entre ellos, nuestro recordado compañero Salvador Allende! ¡Hagamos realidad nuestro sueño socialista!